

HISTORIA DEL ARTE.

LEONARDO DE VINCI,

Pintor florentino.

ARTICULO PRIMERO.

Imposible es presentar en toda su estension la colosal figura de Leonardo de Vinci en el corto espacio de un artículo de periódico; pero como toda la vida de este grande hombre es tan capaz de hacer comprender la dignidad del arte y el rango que pertenece á los artistas en el aprecio público, nos hemos decidido á bosquejar una existencia tan fecunda, y tan profundamente consagrada á estudios de arte y de ciencia, tan grandes y tantos, que apenas se concibe como han bastado para abarcarlos los 75 años de que se compone.

Leonardo de Vinci es el tipo mas bello de artista que puede concebir la imaginacion; es el *artista* en la acepcion mas lata y poética de esta palabra; es el hombre de arte y de ciencia, el hombre que sabe é inventa; es la personificacion viva de la inteligencia humana, es el genio como le concebía Alberto Durero, es el ángel de su grabado la MELANCOLIA, aquel ángel sublime en traje florentino y con educacion florentina. Hijo de Piero de Vinci, discípulo de Andrea Verocchio, Leonardo de Vinci no pudo menos de ser lo que fue.

Este hombre admirable, dotado de un ansia de perfeccion que nada podia saciar, cuanto mas sabia, mas queria saber. La actividad y la inquietud de su inteligencia no le permitian deleitarse en la contemplacion de los conocimientos que, despues de adquiridos le parecían leve cosa en comparacion de los que le faltaban. Pintor, escultor, arquitecto, mecánico, químico, músico, en todo superior, era no menos profundo en la anatomía, la botánica, la astronomía, la minera-

TOMO II.

lógia, la hidrostática, siendo ademas excelente ingeniero civil y militar; en cuanto á la poesía, sabido es que acompañándose con instrumentos inventados por él mismo, improvisaba brillantes composiciones sobre cualquier asunto. Desgraciadamente se han perdido casi todas sus poesias, y apenas se encuentran algunos de sus sonetos en los libros de los autores que nos han conservado algunos detalles sobre la historia de su vida y de sus obras.

Todas las dotes de la perfeccion física realzaban esta riquísima organizacion intelectual. Leonardo de Vinci era un dechado de hermosura varonil; su alta estatura, sus prodigiosas fuerzas, y la elegancia de su porte hacían resaltar mas y mas el carácter imponente de su cabeza noble y melancólica. Sobresalía en todos los ejercicios del cuerpo, en el manejo de las armas, en el baile, en la esgrima; era excelente nadador y gran jinete.

Nació Leonardo por los años de 1445 en el castillo de Vinci, en el Valdarno, cerca del lago Furterchio; era hijo natural del Señor de Vinci, que le criaba en la servil condicion de su madre; pero siendo aun muy niño, gurrupateaba Leonardo en las paredes extrañas figuras, modelaba grandes cabezas con tierra y dibujaba en cuantos papeluchos había á la mano.

Su padre, Piero de Vinci, protonotario de la República, era muy amigo de Andrea del Verocchio, pintor, escultor y arquitecto, igualmente célebre en cada uno de estos ramos, y uno de los mas grandes artistas que poseía Florencia á la sazón. El trato con este grande hombre y su amena conversacion le habían dado bastantes conocimientos artísticos, para apreciar la aplicacion de Leonardo y la inquietud ardiente de su ingenio. Llevó un día á Verocchio muchos de sus dibujos, suplicándole le dijera francamente su parecer.

Admirado Andrea del carácter grandioso de estos ensayos respondió, que un niño que empezaba de aquel modo debía necesariamente, á fuerza de estudio, llegar á ser un hombre eminente. Entonces el Sr. Piero llevó su hijo á casa de Andrea y confió á este artista el cuidado de su educacion.

13

Leonardo había encontrado el maestro que necesitaba; los vastos conocimientos de Andrea correspondían admirablemente al ansia de saber que devoraba al discípulo. La pintura, la escultura, la arquitectura le ocuparon sucesivamente; al mismo tiempo estudiaba la geometría y las matemáticas; gustaba de proponerse á sí mismo problemas cuya resolución buscaba inmediatamente; dibujaba planos y elevaciones de toda especie de edificios. Copió el país del natural, y dibujando molinos llegó á descubrir el principio que les daba movimiento; de aquí sus estudios de hidrostática y mas adelante las fabricas que se hicieron por sus dibujos.

Pero en medio de estas inmensas ocupaciones, siempre era la pintura su arte predilecto y pasaba muchos meses ejerciéndole exclusivamente; sin embargo, lo había descuidado algun tiempo por la música, que estudiaba con increíble empeño, asistiendo á todas las misas en la catedral, repitiendo y escribiendo en su casa lo que había oído, hasta que un día el Verocchio vino á decirle que se había comprometido á presentar en poco tiempo un cuadro en el cual le faltaba aun mucho que hacer, y suplicándole que se ocupase en terminarle.

El cuadro representaba el bautismo de Cristo: Leonardo tenía que pintar un ángel con unas vestiduras en las manos, y lo concluyó en el término de un día; al caer la tarde, cuando el maestro vino á ver en que estado se hallaba su pintura, encontró esta figura tan superior á todo lo que él había hecho, que le entregó su paleta diciéndole: «Leonardo, yo he sido toda mi vida el primer pintor de Florencia; pero á mi edad, no tendré la locura de rivalizar con un jóven que se anuncia al mundo con semejantes dechados. Ahí te entrego mi paleta: no puedo dejarla en mas dignas manos.» Desde entonces, Verocchio que ya era viejo, renunció á la pintura, para dedicarse á la arquitectura con mas abinco que nunca.

Leonardo de Vinci era aun muy jóven; pero esta aventura, que su maestro se complació en esparcir por todas partes, le dió una gran reputación en Florencia. Encargaronle muchos retratos y cuadros de iglesia que le fueron muy bien pa-

gados; pero el mucho tiempo que tardaba en terminar sus pinturas, hacia que fuese poco lucrativo este trabajo, y sus obras como ingeniero y como arquitecto le producian mucho mas dinero. Hizo fabricas, batanes y toda especie de máquinas capaces de ser puestas en movimiento por el agua. En un país en que estaban tan adelantados el arte y la industria como en Florencia, estos descubrimientos eran importantísimos, porque habiendo escasez de brazos en aquel pequeño estado, era necesario adoptar máquinas que bastasen á suplirlos.

Entonces concibió el famoso proyecto del canal del Arno, proyecto tan bien imaginado que todos convinieron en su inmensa utilidad, si bien algunos negaron que fuese posible su ejecución. Leonardo fué á los sitios, levantó planos, dió los estudios para allanar el terreno, para cortar las montañas con todas las máquinas necesarias para ejecutar este trabajo y poner á los jornaleros á cubierto de todos los azares que pudiesen sobrevenir; en fin, presentó un proyecto que allanaba todas las dificultades. Desgraciadamente Leonardo tenía el defecto de ser jóven, por lo que todos los hombres graves á quienes daba no poca envidia su superioridad, le trataron de extravagante, criticaron la singularidad de sus ideas, asegurándole que al cabo de algunos años, él mismo conocería cuan *ridículas* eran.... ¿qué mas?... hasta su admirable invención de la esclusa con puertas, que todavía empleamos actualmente en nuestro sistema de canalización para hacer subir y bajar los barcos, y con la cual reemplazó los resbaladeros enjabonados, fue tratada de invención extravagante que ni aun merecía el honor de ser refutada con seriedad. Leonardo que conocía admirablemente á los hombres y que tuvo siempre la sensatez de no luchar contra lo imposible, renunció francamente á su proyecto, del cual sin embargo hubo que echar mano 200 años despues, cuando se quiso canalizar el Arno. Entonces confiaron estos trabajos á uno de los mas famosos discípulos de Galileo, Vicencio Viviani.

Otro proyecto gigantesco imaginó Leonardo, para alzar de entre la tierra que cubria sus gradas la iglesia de S. Juan de Florencia, á fin de conser-

varla su antiguo carácter; pero los magistrados que gobernaban entonces la república, pusilánimes y pacatos, no se atrevieron á llevarle á cabo, prestando la falta de dinero.

Leonardo buscaba continuamente nuevos medios para facilitar la egecucion de todos los trabajos que no habian podido efectuarse hasta entonces sino á fuerza de brazos y á costa de los mayores peligros; combinaba entre sí todos los medios de accion imaginables, y sus cuadernos de dibujos están llenos de estos proyectos, de los cuales muchos se han egecutado.

Su genio insaciable no se detenía jamás, y en una época en que pocos médicos habian pensado en fundar su ciencia sobre el estudio anatómico, Vinci buscaba en los cadáveres los conocimientos que necesitaba para enterarse á fondo de todas las entradas y salidas que observaba en la superficie del cuerpo humano. Escribió algunos libros en que están consignadas las observaciones que le sugirieron sus estudios, con reflexiones muy profundas sobre la aplicacion de la anatomía á la medicina.

Al mismo tiempo que la amabilidad y cortesía de su trato hacían de él el mas bello ornamento de la sociedad florentina: su talento como pintor, escultor y arquitecto le producía cuantiosas sumas; su casa estaba y estuvo siempre en lo sucesivo en el mismo pie que las de los grandes señores; tenía pages, gran número de lacayos y los mas hermosos caballos de Florencia. Así se le consultaba sobre los caprichos de la moda y el arreglo de las funciones y ceremonias, como sobre los objetos de arte y de ciencia.

Era Leonardo en todos sus estudios singularmente minucioso. El fue el primero que enseñó el arte del *efecto* en la pintura; y llegó á una verdad de color, á una suavidad de tintas y una perfeccion en el conjunto de que nadie habia presentado egemplo hasta entonces. Observaba con la mas escrupulosa atencion el caracter de cuantas cabezas humanas encontraba: muchas veces, como lo hacia el doctor Gall en nuestros dias con el mismo objeto, Vinci reunía en su casa gran número de aldeanos y gente baja, se sentaba á la mesa con ellos, les contaba mil estravagancias ale-

gres y trágicas, hasta que á fuerza de cuentos y de vino, los veía entregados á la mas desaforada alegría ó á la mas negra tristeza; entonces, estudiaba el movimiento de sus fisonomías y se retiraba de rato en rato á dibujar las que mas le habian llamado la atencion. En uno solo de sus cuadernos de apuntes, se hallan mas de 500 cabezas de aldeanos y aldeanas que rien en todas las expresiones posibles. Seguía á veces á los reos hasta el lugar del suplicio, estudiando en su semblante y en sus actitudes todos los grados de su rápida agonía.

Cuando veía un hombre de cabeza singular, dibujábala al punto por su carácter mas notable en un libro que llevaba siempre consigo; y como ponía por lo general el nombre del personage debajo del dibujo, fácil sería hallar entre estos la caricatura de casi todos sus contemporáneos. Algunas de estas se han publicado en Italia.

La primera vez que vió á Americo Vespucio, tanto le admiró el carácter de su cabeza y la expresion de su fisonomía, que le siguió un día entero sin conocerle, y le observó con tanta atencion que, de vuelta á su casa, pudo dibujar la hermosa cabeza de aquel anciano con tanta verdad que parece estudiada del natural con atencion infinita.

No es pues de estrañar que tuviesen tanta fuerza las obras de un hombre que estudiaba así lo feo como lo hermoso en la naturaleza, y que en sus contrastes buscaba los mas brillantes efectos: la reputacion de Leonardo de Vinci era inmensa en toda la Italia.

Aun no tenía treinta años cuando el duque de Milan, deseoso de poseerle en su capital, le hizo preguntar bajo que condiciones consentiría en pasar á ella y en qué deseaba ocuparse. Leonardo respondió en una larga carta que se conserva, que en la guerra podía emplear máquinas nuevas, como puentes volantes, lanchas armadas, bombardas aptas para arrojar proyectiles que estallarían en las filas enemigas, causando terrible estrago y turbacion: cañones de diferentes formas, piezas pequeñas de artillería, todo inventado por él; que podía atacar las plazas fuertes y defenderlas segun un sistema suyo, y por medios aun por

*

nadie practicados etc., etc.; que en tiempo de paz era capaz de hacer en pintura, escultura, arquitectura, mecánica etc., etc., todo lo que podía esperarse de una criatura mortal. En cuanto á las condiciones, que aceptaría las que se le propusiesen, con tal que fuesen tales que le permitiesen sostener con decoro su casa y que, en todas las circunstancias, pudiese tratar directamente con el duque, sin tener que recurrir á ninguna especie de agente intermedio sea el que fuere.

Leonardo, satisfecho en todos estos puntos, salió para Milan. El día mismo de su llegada halló á los mas célebres músicos de la Italia, reunidos para un gran certamen, en el cual los que saliesen vencedores debían quedar al servicio del duque, siendo el principal de todos el encargado de dirigir la música. Mandó Vinci llevar al salon de la junta una especie de harpa que él había fabricado para acompañarse con la voz, é hizo inscribir su nombre entre los de los candidatos. Cuando le llegó su turno, improvisó de un modo tan brillante palabras y música sobre cuantos motivos le pidieron, que todos los músicos presentes se declararon vencidos, y aquellos á quienes aun no les había llegado su turno, renunciaron á sus pretensiones de obtener la victoria; pero Leonardo les dijo que no había querido disputar el premio, sino solo merecer la aprobación de unos jueces tan competentes como ellos lo eran, y que se retiraba gozoso de haberla obtenido.

Un triunfo tan glorioso, en un arte en que nadie le creía iniciado, asombró al auditorio; el duque le encomendó la alta direccion de todos los trabajos que hizo ejecutar en sus estados. Leonardo fortificó ciudades, construyó casas, puentes, acueductos y aun le quedó tiempo para ocuparse en trabajar de pintura y de escultura, pues que en aquella época hizo la colosal estatua ecuestre de Francesco Sforza, cuyo modelo en tierra se desecó y cayó hecho pedazos mientras dirigía Vinci las fiestas que se celebraron con motivo de las bodas de Lodovico Sforza con Beatrice d'Este. Al frente de su *Tratado de la luz y de las sombras* se halla esta nota escrita de su mano y de derecha á izquierda, á la manera de los orientales, como todos sus manuscritos: «En 23 de abril 1490, co-

mencé el presente libro y volví á empezar el caballo.» La necesidad que encontraba de saber la causa de todo cuanto hacia, le indujo al estudio de la anatomía del caballo; y este estudio, comparado con sus observaciones sobre el cuerpo humano, le suministró materia para un tratado de anatomía comparada, que compuso en esta misma época y enriqueció con observaciones hechas en un gran número de animales de diferentes especies.

Hacia el mismo tiempo pintó la famosa escena del refectorio de Dominicos de Milan, tantas veces grabada y copiada, y de la que posee una hermosa copia el Museo de París. El cuadro original ha perecido á causa de la humedad de la pared sobre que estaba pintado.

(Se continuará.)

HISTORIA.

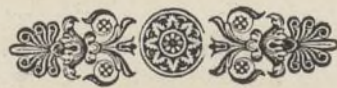
Washington y Bolivar.

Washington, nacido en la clase media de la sociedad y de humilde condicion, legó á su familia al fin de una gloriosa carrera, una herencia honrosamente adquirida. Bolivar, el mas noble y opulento de su suelo nativo, murió en pobreza comparativa despues de consumir en la causa de su pais las riquezas acumuladas por sus antecesores. El primero aceptó con gratitud lo que la mezquina bondad de sus conciudadanos le señaló: el último desechó con orgullo las liberales donaciones de Colombia, los millones que le ofreció el Perú, y los magníficos presentes de Bolivia. Washington con talentos poco mas que medianos, fue favorecido con un juicio frio como el invierno de su pais boreal; esto reguló todas sus acciones. Bolivar dotado de

fuerzas intelectuales del primer orden, fue precipitado por una imaginación ardiente como el clima de su país natal; de aquí sus grandes hechos; de aquí sus errores. El ciudadano de Virginia, rodeado de un pueblo virtuoso, adelantado en civilización, ayudado de hombres superiores á él mismo en conocimientos y destreza política, fue impelido por la revolución. Franklin, el inspirado Henry, Adams, Jefferson, Hamilton y otros muchos formaban una hueste de talentos y de patriotismo. Tales fueron desde el principio sus asociados. El colono de Caracas, en medio de una población corrompida y servil, abandonado á sus propios recursos, forzó á la revolución delante de él. En su país, él solo y los obstáculos que tenía que vencer fueron grandes. Sucre, el más hábil y el más virtuoso de sus tenientes, era demasiado joven para asistirle hasta el último acto del drama. El caudillo Norte-Americano fue eficazmente ayudado por naciones poderosas; Francia, España y Holanda fueron sus aliadas, y la simpatía del universo le acompañó en su noble empresa. El jefe de Colombia no halló otros auxiliares que su genio, su valor y su intrépida perseverancia. Europa miró con desden sus primeros esfuerzos, y los Estados-Unidos los contemplaron con fría y desnaturalizada apatía. El ardor caballeresco de unos pocos aventureros fue el único auxilio que recibió de la benevolencia extranjera. Washington en las asambleas populares era incapaz de inspirar á otros los generosos sentimientos que su propio pecho abrigaba: su lenguaje era frío é incorrecto, y las pocas producciones que ha dejado, no carecen de defectos literarios. Bolívar, apasionado y elocuente, fue el primer orador y el más grande escritor de la América del Sur. Todas sus composiciones llevan consigo el sello del genio. La conducta militar de ambos héroes fue notablemente marcada por sus caracteres morales. El del caudillo del Norte era frío, cauto, juicioso: el del capitán Colombiano era emprendedor, pronto, impetuoso, brillante. Ambos obtuvieron el mismo espléndido resultado; pero el primero tuvo un congreso para votarle auxilios, levantar ejércitos y participar de la responsabilidad con él: el último tuvo que crearlo todo. La ostentosa grandeza

de un trono no hubiera seducido á Washington: modesto, sin orgullo, y satisfecho con la elevación á que su mérito singular le había levantado, aunque hubiese sido tentado con tal oferta, su sensatez le hubiera impedido aceptarla. El orgullo, sus principios, el patriotismo hicieron á Bolívar desechar por tres veces la corona. Primer ciudadano de su país, desdeñaba ser uno de los reyes del universo. El nombre de Washington esparce una pura y constante auréola sobre la revolución del Norte; pero la falta de este grande hombre no hubiera retardado su consumación ni un solo día. En el nombre de Bolívar está comprendida la revolución del Sur: sin él otra centuria hubiera pasado, y los sucesores de Cortés y Pizarro dominarían aun con su cetro de hierro desde las Californias hasta el cabo de Hornos.

La acción de Washington fue circunscrita á una sola clase, á un solo color, á los libres y blancos. Bolívar no reconoció distinciones accidentales entre los hombres. Sus miras abrazaron al género humano. En las pacíficas virtudes de la vida doméstica el patriota de Mont Vernon, quizá escedería al patriota de S. Mateo; pero en genio, en magnanimidad, en desinterés y en generosidad, régia por decirlo así, en todos los sublimes y deslumbrantes atributos que la naturaleza concede al corto número de sus favoritos predestinados á la inmortalidad; Bolívar era tan superior á Washington como la cordillera de los Andes á la cadena de las Montañas-Azules. Estos objetos físicos tan diversos que marcan sus países respectivos, pueden sin impropiedad representar sus diferentes caracteres. Contemplense las Montañas-Azules en una tarde de verano: despejadas, serenas y sin el menor vientecillo que las agite: tal era Washington. Volvamos luego la vista á los gigantes Andes: risueños á veces; á veces tempestuosos; pero siempre magníficos, siempre grandes: tal fue Bolívar! = TH. FARMER.



Las Catacumbas.

I.

Sobre un sepulcro cubierto
Tristemente,
De ajadas y mustias flores;
Los cristianos del desierto
A su Dios Omnipotente
Le tributan dulcemente
Mil loores.
No allí de riqueza el brillo,
Ni el primor
De las artes se ostentaban;
Sobre un pedestal sencillo
La imagen del Redentor
Con religioso fervor
Veneraban.
Y hermosas vírgenes mil
Con voz pura
Cantaban la eternidad;
Y á la voz blanda y sutil
De la cristiana hermosura
Prestaba el cielo dulzura
Y suavidad.
De una lámpara la luz
Alumbraba
Esta lúgubre mansion.
Fuera de la multitud
Un bulto se divisaba,
Que haciendo triste oracion
Suspiraba.
Y los sollozos profundos
Y gemidos
Que del pecho le salian,
Lamentos de moribundos
Por el eco repetidos
Y en la bóveda estendidos
Parecian.

II.

Oyóse un sordo rumor
En la gruta misteriosa:

La multitud religiosa

Con voz tremula

Diera un grito de pavor.

Y el hombre que suspiraba

El sitio oculto dejó;

Y marchó do el pueblo estaba:

Llegó, y súbito

Con tono enfático habló.

«Proscriptos los hijos del Pueblo cristiano

Sufrieron el yugo del bárbaro infiel:

Mil víctimas fueron del hierro inhumano

Magüer que adoraron al Dios de Israel.

«Los campos inmensos, los mares profundos,

De sangre inocente teñidos están:

Aun suenan ¡ay triste! de mil moribundos

Los hondos gemidos que eternos serán.

«En vano el infante con tétrico acento

En vano; *mi madre!* con ansia exclamó:

Segur homicida con golpe violento

Sus míseros ayes tremenda acalló.

«En vano el mancebo llamaba á su amada,

La vírgen en vano su amante pedía;

Al rápido brillo la muerte anunciada

El eco de muerte do quier respondia.

«Los vasos sagrados, las aras divinas,

Tampoco libraron del ciego furor:

Dó fueron los templos, escombros y ruinas

Existen, y restos de angustia y dolor.

«Los manes augustos impuros hollaron

De nuestros abuelos ¡las tumbas también!

Sagradas diademas acaso encontraron,

Y ornaron con ellas su pérvida sien!»

III.

De su justa indignacion

A los terribles acentos

Retemblaron los cimientos

Del fúnebre Panteón.

Y todos los que le oyeron

Venganza á la par gritaron;

Y las armas prepararon,

Y á la lid se apercibieron.

Y el sosiego y la quietud,

EL ARTISTA.



FREY. LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

Las Catacumbas.

I.

Sobre un sepulcro cubierto

Tristemente,

De ajadas y mustias flores;

Los cristianos del desierto

A su Dios Omnipotente

Le tributan dulcemente

Mil loores.

No allí de riqueza el brillo,

Ni el primor

De las artes se ostentaban;

Sobre un pedestal sencillo

La imagen del Redentor

Con religioso fervor

Veneraban.

Y hermosas vírgenes mil

Con voz pura

Cantaban la eternidad;

Y á la voz blanda y sutil

De la cristiana hermosura

Prestaba el cielo dulzura

Y suavidad.

De una lámpara la luz

Alumbraba

Esta lúgubre mansion.

Fuera de la multitud

Un bulto se divisaba,

Que haciendo triste oracion

Suspiraba.

Y los sollozos profundos

Y gemidos

Que del pecho le salian,

Lamentos de moribundos

Por el eco repetidos

Y en la bóveda estendidos

Parecian.

II.

Oyóse un sordo rumor

En la gruta misteriosa:

La multitud religiosa

Con voz trémula

Diera un grito de pavor.

Y el hombre que suspiraba

El sitio oculto dejó;

Y marchó do el pueblo estaba:

Llegó, y súbito

Con tono enfático habló.

«Proscriptos los hijos del Pueblo cristiano

Sufrieron el yugo del bárbaro infiel:

Mil víctimas fueron del hierro inhumano

Magüer que adoraron al Dios de Israel.

«Los campos inmensos, los mares profundos,

De sangre inocente teñidos están:

Aun suenan ¡ay triste! de nül moribundos

Los hondos gemidos que eternos serán.

«En vano el infante con tétrico acento

En vano ¡mi madre! con ansia exclamó:

Segur homicida con golpe violento

Sus miseros ayes tremenda acalló.

«En vano el mancebo llamaba á su amada,

La virgen en vano su amante pedia;

Al rápido brillo la muerte anunciada

El eco de muerte do quier respondia.

«Los vasos sagrados, las aras divinas,

Tampoco libraron del ciego furor:

Dó fueron los templos, escombros y ruinas

Existen, y restos de angustia y dolor.

«Los manos augustos impuros hollaron

De nuestros abuelos ¡las tumbas también!

Sagradas diademas acaso encontraron,

Y ornaron con ellas su pérdida sien!»

III.

De su justa indignacion

A los terribles acentos

Retemblaron los cimientos

Del fúnebre Panteón.

Y todos los que le oyeron

Venganza á la par gritaron;

Y las armas prepararon,

Y á la lid se apercibieron.

Y el sosiego y la quietud,

EL ARTISTA.



FREY. LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.



En breve desapareció;
Y el grito de alárma dió
La ardorosa juventud.
Y *Luzbel* en el abismo
Del grito se complacia,
Y *venganza* repetía
Con ellos aun tiempo mismo.
Y por los profundos huecos
De la lúgubre caverna,
Venganza, venganza eterna,
Repiten también los ecos.

Y entonces tímidas
Las bellas vírgenes,
De amargas lágrimas
Vertiendo un mar,
Muévaos á lástima,
Gritaron trémulas,
Muévaos ¡oh jóvenes
Nuestro llorar!

IV.

La tierra gime y el aire zumba',
Celeste música
Dulce sonó;
Y al mismo tiempo rueda una tumba:
Mártir angélico
De ella salió:
El rostro grave, con voz sonora,
«— Cristianos, díjoles,
Callad, oid:
Si ansiais el sitio dó el justo mora,
Llorad pacíficos,
Penad, sufrid! —»

Valladolid — 1835. — GERÓNIMO MORAN.



LA MUDA DE PORTICI.

Hé aquí una ópera francesa que sin embargo de serlo se deja oír muy bien, cosa que precisamente han de estrañar los que han dado en sostener que la música francesa no vale nada, solo porque no la conocen. Nuestros mismos padres empezaron á gustar bastante de este género, pero se ha olvidado. Los franceses tienen ópera nacional, y, por mejor decir, tienen dos, porque el género de la grande ópera, que ellos llaman, y al que pertenece *La Muda*, se diferencia bastante del de la ópera cómica. En ambos pueden vanagloriarse de poseer gran número de particiones bellísimas mientras que nosotros no tenemos una siquiera ni esperanzas todavía. Pero es un consuelo triste á la par que tonto el de negar el mérito de producciones que se ejecutan ya con grande aplauso en todos los países cultos de Europa. Sin embargo de semejante prevencion nada favorable al éxito de *La Muda de Pórtici* entre nosotros, ha sido éste completo, lo que hace honor á la mayoría de los espectadores, porque prueba su imparcialidad y buen gusto. Hasta cierto punto se puede decir que en la representación de *La Muda*, empresa, maestro, cantores, orquesta, y hasta el público mismo, todos han llenado bien sus deberes... ¡fenómeno! La empresa no ha omitido medio alguno á su alcance para poner la ópera en escena con todo el brillo posible. El maestro ha puesto todo su conato para lograr la ejecución tal como la hemos presenciado, que ha sido verdaderamente portentosa, atendidos los recursos de nuestro teatro y ciertos elementos de la compañía actual. Se ha ejecutado la ópera, no como en Italia, mutilada por todas partes, sino absolutamente completa. Pertenece á un género aquí desconocido, y que por consiguiente hay que empezar por hacer entender á los mismos que lo han de ejecutar, pasando luego al desempeño que es casi siempre muy delicado y difícil como que se escribió la ópera espresamente para un teatro tan aventajado en todo como la Academia Real de París. Sin embargo, se nos ha asegurado que no han pasado de 23 los días de ensayo; lo que prueba mas que nada el conocimiento del que dirige y el esmero de los que ejecutan. Los cantores hacen por su parte cuanto pueden; verdad es que algunos no pueden mucho, pero esto no se remedia al poner en escena una ópera. La orquesta se esmera de modo que en ocasiones parece

otra. Los coros igualmente; y en fin, hasta los figurantes animan mucho la escena con aquella, accion continua que no estamos acostumbrados á ver en nuestros teatros, y que es de tanto efecto en piezas de la clase de ésta. Por último, el público ha manifestado que sabe apreciar lo bueno, y que por consiguiente lo merece, pero no todo ha de ser elogios y mas elogios. Séanos lícito decir algo tambien de las faltas que hemos notado en unos y en otros, ya que afortunadamente ni en número ni en calidad pueden ser bastante parte á compensar las bondades indicadas.

Los coros en esta clase de óperas hacen un papel muy interesante, y merecen por tanto gran atencion. Suelen ser siempre á cuatro partes reales lo menos, de armonía complicada, llenos de novedad en las melodías, y por consiguiente de muy difícil ejecucion. No basta afinarlos. Las degradaciones del fuertísimo al pianísimo son indispensables, y en esto hallamos aun mucho que desear. El número de voces blancas no nos parece corresponder al de los tenores y bajos, resultando que los últimos se oyen siempre demasiado. Aun entre estos sobresale un cierto tenor, de manera que no deja oír á nadie cuando se le antoja, y suele antojársele bastante á menudo. Algunos movimientos nos han parecido bastante alterados, á pesar de que sabemos, que todos se han ensayado con el Metrónomo. Será acaso descuido de Auber al indicar los grados de éste. Lo cierto es que en París no se ejecutan al aire que aquí. El coro del mercado, por ejemplo, indudablemente desmerece por llevarlo tan vivo. Tambien hemos advertido lo mucho que pierde en la transposicion el duo del segundo acto, y no alcanzamos que puede haberla motivado; porque nos parece que tanto el Sr. Ronzi como el Señor Jourdan tienen las suficientes facultades para cantarlo por el tono en que Auber lo escribió y en el que luce indeciblemente mas. Sobran las castañuelas, aunque no siempre como algunos han creído. Están en la particion y gustaron sobre manera en París, á pesar de que las tocaban bien mal, sin duda por la novedad, y aunque falte para nosotros esta causa de efecto es preciso conservarlas por lo bien que se adaptan al carácter de la música, y sobre todo, porque el autor ha contado con ellas. Esto en el primer baile, pero en los demas las creemos enteramente de sobra. Falta la propiedad en algunos trages, y ya que se ha hecho el gasto, hubieran debido ser todos, los de la época en que tuvo lugar el hecho que sirve de fundamento al argumento. Hasta aqui hemos hablado del foso para allá, digamos

algo del foso para acá. Falta aun interes de parte de los espectadores para aplaudir cosas que lo merecen, y sobra para entusiasmarse por otras que... no lo merecen tanto. Por ejemplo, la Overtura que es tan linda y que se ejecuta muy bien ¿por qué no se aplaude mas? la tercera noche fue recibida ya casi con indiferencia. ¿No le corresponderian mejor la nube de palmadas y gritos que se arma á la vista de la zalagarda que concluye el tercer acto? Falta la atencion en la conclusion de los actos, cuando suele la orquesta quedarse sola tocando cosas muy dignas de escucharse, pero que nadie oye; porque los muchos no quieren y por consiguiente los pocos no pueden. En general, la prisa por salir del teatro antes de lo debido nos es característica. Sobran las críticas descompasadas de algunos petulantes que han aguantado 15 ó 20 dias de fastidio en París, solo para tener el gusto de venirnos luego á decir que aquello es divino y que aqui ladramos. Comparar *la Muda* de Madrid con *la Muda* de París es como comparar el Manzanares con el Sena: pero no; es aun mas inesacto. Es comparar un par de zapatos impermeables con un barco de los que alli hay para atravesar el rio, porque el nuestro se atraviesa con los tales zapatos. ¿Qué tiene que ver la Academia Real de París con nuestro teatro del Príncipe? Nada absolutamente. ¿Pues á que esas quejas nacidas de comparaciones absurdas?—Oh! aquella orquesta!—Si señor, magnífica, ¿pero y si la tuviésemos aqui donde la colocabamos, ó colocada ella donde nos pondriamos nosotros?—En los palcos.—; Bueno! ¿y quién aguantaba en este local aquel estrépito?—Los artilleros de la guarnicion y alguno que otro sordo.—; Oh! aquella compañía de baile!—Asombrosa, se concede; ¿pero aqui como habia de entrar en escena? Solo para desfilar en columna, y aun así era menester que hubiese siempre gran parte de ella en la calle; lo que no dejaria de servir de distraccion á los vecinos del barrio. Este afan de hacer comparaciones tan ridículo como perjudicial es una especie de lima sorda con que, sea por ignorancia, sea por malicia, se recrean algunos en minar cuanto huele á progreso en bellas artes. Tambien hemos advertido que va faltando aquel decoro que se notaba antes en nuestros teatros, y que tan propio es de una capital culta. En el inmenso teatro de Londres llamado del Rey, cuyo número de palcos pasa de 200, es tal la composura y el silencio observados, que aun en noches de la mayor concurrencia se perciben á veces las pisadas de cualquiera que entra; y esto no solo durante la representacion, sino aun antes de ella y en los entre-actos

mismos. Las patadas y los golpes con los palos á compas, para manifestar la impaciencia mas ó menos justa, es de esperar que no logren caer en gracia. Pertenecen exclusivamente, con los silvidos y otras varias cosillas del mismo jaéz, á la plaza de los toros. Cada cosa es para su cosa.

Largo ha resultado ya este artículo, pero no lo concluirémos sin hacer especial mencion del desempeño del Sr. Ronzi. Toda la ópera la egecuta con particular maestría, como cantor y como actor: ¿á qué pues citar la *barcarola* del segundo acto, ni la *romanza* del cuarto ni otra escena alguna? digamos francamente que en nuestra opinion la parte de Masaniello nada deja que desear. Tambien hallamos mérito en la parte de la Señora Fontana. Su ária de salida es una verdadera ária de prueba, y la egecuta muy bien. Auber al escribirla para la célebre Mlle. Cinti, trató de hacer brillar las extraordinarias facultades de egecucion que aquella posee. Creemos deber decir esto, porque hemos advertido que muchos suponen equivocadamente que los pasos de adorno que la Señora Fontana egecuta son siempre introducidos por ella. Esta Señora tiene demasiado buen gusto para abusar de su bello talento de egecucion. Si alguna vez se permite adoptar ó variar un paso es con tal inteligencia, que el verdadero conocedor no se puede quejar de la novedad. Su voz podrá desagradar, pero es preciso no olvidarse de que ningun cantor tiene la facultad de elegir el órgano que mas le gusta, y que por consiguiente el verdadero mérito consiste en el modo de manejar el que se ha recibido de la naturaleza.

La particion de la *Muda de Portici* es sumamente esmerada: no se parece á las que el público de Madrid está acostumbrado á oír. La instrumentacion está siempre llena de riqueza y novedad. Por lo que toca al canto es verdad que en algunos *solos* no reina el mejor gusto, pero en las escenas con dobles coros sobresale la maestría del autor. Hay tambien una porcion de motivos que seducen por su gracia, originalidad, y hasta por su misma ligereza. En fin, los verdaderos aficionados no están bien con que se trate de hacer alguno que otro pequeño corte en obsequio á la brevedad para las representaciones sucesivas. Dicen, y es cierto, que la ópera se ha escuchado con mucho gusto toda entera en las tres que van. ¿Se puede dar mayor prueba de su verdadero mérito? = S. M.

EXPOSICION PUBLICA DE PINTURA EN LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

¿Quién negará que en España tenemos *artistas*? Esta época, tan deseada por todos los amantes de las bellas artes, parece traer á la capital de esta nacion un rayo de felicidad que, deshaciendo las tinieblas que borran á nuestros ojos sus bellas formas, nos permite distinguir, entre los escombros de su ruina, alguna hermosa flor desarrollada con trabajo cuyos aromas alejan de nuestros sentidos la hinchazon de las trompetas guerreras que retumban aun en nuestras montañas. ¡Hay artistas entre nosotros! ¡Ya hemos visto las producciones del genio! Atletas robustos unos mas que otros, pero todos respirando gloria, los vemos lanzarse á la arena, arrebatando la atencion de las miradas vueltas hácia la llaga lastimosa de la España, para hacerlas testigos y jueces de sus esfuerzos.

Algunos de ellos nos eran ya conocidos por sus colosales formas y los laureles pasados de su elevada frente.... ¡y en verdad que esta gloriosa contienda tiene mucho de romántico!... Torneo de campeones artistas donde se ven divisas ya conocidas á nuestros ojos, distinguimos el impávido crestón de algunos jóvenes cuya robusta lanza parece arrebatarse tambien ahora la prez á sus contrarios.

Nada hay mas justo que la recompensa, y sin que nosotros nos entrometamos á marcar el mantenedor mas fuerte, el que consiga la dicha de serlo no dude de su triunfo; porque la voz del público no dejará de llegar á sus oídos, y el eco de su fallo no reconoce empiezos ni en el temor ni en la lisonja.

Harémos primeramente mencion de los cuadros que adornan el salon y *patio* de la Real Academia, y en seguida marcaremos las cualidades artísticas que sobresalen en aquellos que mas llamen nuestra atencion, como tambien sus defectos; lo primero estimula, lo segundo en cierto modo perfecciona. Algun que otro pintor nos da á conocer en los pocos adelantos que ha hecho en dos

ó tres años, que mas consumen su pecho las cenizas de la paciencia que la llama del genio; no es nuestro propósito ridiculizar sus obras, pero por el título de nuestro periódico nos creemos obligados á manifestar, en este caso, que tal vez un mal pintor puede ser un excelente mecánico, un gran jurisconsulto..... y ¿quién sabe si un santo? Así, pues, le aconsejamos que se dedique á otro ramo y decimos con Lope de Vega:

«Plegue á Dios que sea tan bueno
Que dé en que entender al Papa.»

En la *Sala de Juntas ó del trono* se ven dos cuadritos pintados por S. M. la Reina Gobernadora. En la edad media algunas damas no desdeñaban la férrea malla para mezclarse en las justas con los demas paladines. El uno es una Virgen, copia de Sassoferrato, y el otro una graciosísima Sacra familia en una gruta. Este cuadro, lleno de ternura y sencillez, es uno de los que mas hablan al corazon del hombre pensador. La misma mano bienhechora que rige las riendas de una nacion entera, maneja el pincel con éxito tan feliz, fomentando con su ejemplo las bellas artes, y colocándose como pintora á la par de los demas artistas. ¿Qué jóven que abrigue en su pecho una sola centella de entusiasmo no se lanza al mar de gloria donde un astro de ventura le muestra reflejándose su propia luz? Y prescindiendo del alto honor á que S. M. como Reina ha elevado con sus obras en el salon esta noble arte, encontraremos grande mérito en estos dos cuadritos considerándola como artista. Así lo harémos en nuestro exámen.

«Magüer vos, Señor, seais un gran Rey
Non paro mientes en aquesta Ley
De oro nin plata nin su grand valía.»

A la izquierda se vé un cuadro que representa la Jura de Nuestra amada Reina Doña Isabel II como Princesa Heredera, en la Iglesia de San Gerónimo. Su autor Don Pedro Kuntz, ya conocido por sus admirables vistas de interiores, acaba de sellar con esta obra la reputacion que le han adquirido su mágia particular en este género, y sus grandes conocimientos en las perspectivas lineal y aérea.

Hemos visto dos cabezas *al pastel* de una Señorita. Es de alabar su delicadeza.

Gonzalo de Córdoba victorioso en el campo de Cerinola, con toda su grandeza y gallardía, y rodeado de caballeros de su cortejo, con toda la pompa del siglo XV, está contenido en un lienzo no muy grande en la sala de entrada. El cadáver del duque de Nemours, Gaston de Foix, general de la armada francesa, yace á su frente vestido aun con su espléndida armadura, y con una herida de arcabuz en la frente. La actitud del general vencedor y su semblante convienen en todo á la escena que quiso representar el pintor. Su hermoso caballo blanco, orgulloso con el héroe que en sus lomos ostenta é impaciente de la rígida brida que encadena sus nobles movimientos, parece envanecerse en el triste aspecto del jóven bizarro, víctima del esfuerzo de su señor. A la izquierda, y á espaldas de éste, forman grupo varios ginetes, entre los que se distingue á Próspero y Fabricio Colonna, aquellos dos patricios romanos que alistados bajo los pendones de Aragon y de Castilla, movidos por la gloria de Gonzalo y vergonzosos de la prostitucion de su pátria, admiró la Italia con terror hacer sus primeros ensayos de guerra derrocando las almenas de Taranto. Dos peones, arqueros al juzgar por el vestido, y colocados tambien en el primer término, ocupan la estremidad izquierda del cuadro. Los dos jóvenes pages, el uno que tiene en sus manos el rico capacete de Gonzalo, y el otro que en su lindo semblante muestra toda la piedad de un pecho noble y no aun avezado á la guerra, marcan en su gracioso trage la galantería de las costumbres de nuestra mas gloriosa época en las armas. Un oficial veterano sostiene el cuerpo del duque de Nemours, y otro, jóven, en apostura y rostro belicoso, asido al brazo del difunto general respira en su accion mas alegría que sentimiento. Emocion mas guerrera que cristiana, muy frecuente en los valientes á la primera señal cierta de su victoria. A lo lejos se ven algunos muertos y heridos, y en el campo armaduras, ballestas y otras armas ensangrentadas. ¡Huella espantosa de un combate decidido!

Viste Gonzalo luciente armadura de acero,

bien tachonada, con sobrevesta de esquisito brocado de oro que cubre su peto y escarcela, y abriga graciosamente su cabeza bonete de terciopelo carmesí con presillas de pedrería. El jaez del caballo es sencillo; tal vez la sencillez es demasiada para aquellos tiempos en que los corceles de batalla iban por decirlo así forrados en hierro, pero éste no es un defecto, puesto que el Gran Capitan era galan en extremo y no se curaría de celar las formas de su arrogante troton.

El Sr. Esquivél ha presentado en esta misma sala tres cuadros. David vencedor de Goliath, una escena familiar de traviesos muchachos ensayando cierta operacion médica en un pobre perro, y su retrato segun tenemos entendido. Al mismo pertenece una Virgen del Rosario rodeada de ángeles, cuadro de gran tamaño colocado en una de las salas retiradas.

Ocupan la sala segunda varios cuadros. Dos caprichos del Sr. Roman; el combate entre los Centauros y los Lapitas del Sr. Tegeo, en el que sobresale la correccion del dibujo en los escorzos; algunos retratos buenos del Sr. Gutierrez; un interior del cuadro de *la Jura*: y últimamente una bellísima coleccion de paisajes y monumentos antiguos del romántico artista D. Genaro Villamil. El género fecundo á que el Sr. de Villamil se dedica en nada es ingrato á sus deseos, porque en efecto sus cuadros no pueden menos de arrebatarse la imaginacion, en especial de la juventud, y esto hace que en su género se le pueda justamente en España llamar único. No dudamos que el público de Madrid hace justicia al talento de este jóven artista.

Varios retratos, entre ellos el del célebre liadiador Montes, hay en la biblioteca; y en el pátio dos cuadros originales, uno del Sr. S. Roman, otro del Sr. Gomez, y dos copias, la una del famoso cuadro de la Rendicion de Bredá de Velazquez, y la otra de dos retratos unidos del Van-Dick, por la Señorita Weis.

En la sala de abajo hay otros varios cuadritos, entre los cuálas ha llamado nuestra atencion un interior de un convento.

Estos son todos los cuadros hasta ahora presentados; extrañamos no haber visto otros de pin-

tores que siémpre se han hecho dignos de la alabanza pública. De las cualidades sobresalientes como tambien de los defectos que se nos alcancen hablaremos en el número siguiente.

(Se continuará.)

El Trovador.

I.

De un elevado castillo
Que Arlanza orgulloso baña,
Un Trovador elegante
En la puente se paraba.
En el rastrillo golpea
Con el pomo de una daga,
Y en los góticos salones
Ronco el eco se propaga.
Un jóven doncel del fuerte
Presentose en la muralla,
Y con semblante halagüeño
Dijo en alta voz «¿Quién llama?»
El Trovador que le ha oído
Dirigiose aquesta fábula:
—«Si llegado es en buen hora,
»Un pacífico infanzon
»Que envia á vuestra señora
»Don Rodrigo de Aragon.—»
Se alzó á este tiempo el rastrillo
Y en el patio tuvo entrada,
Un page tomó el corcel
Por las riendas plateadas,
Y el gallardo trovador
Por los Salones se entraba.

II.

Confuso ruido se oía
En la sala principal,
Y el estrangero,
Hácia allí se dirigia
En continente marcial
Muy altanero.
Hallola toda ocupada
De galanes y de bellas,
En gran festin;
Doña Blanca de Moncada
Se vé la primera entre ellas,
Como la rosa
Mas orgullosa
En un jardin.
El dia feliz memora

En que luz primera vió,
Y á su lado
Por eso gentil señora
Tanta dama encantadora,
Tanto heroe celebrado
Hoy reunió.

III.

Entró do estaba el convíte
Gentil el recién venido,
Hizo gracia
Con el morado sombrero,
Y atrevido
En denodado ademan,
A doña Blanca se fué:
Y despues de haber pedido
Su vénia, ante ella galan
Quedó en pie.
La dama se la otorgó,
Y así el trovador habló:

IV.

«Don Enrique mi señor,
»El cuarto Enrique que es,
»Me manda donde me ves,
»A mí que soy trovador,
»Trovador aragonés.
»Diz que hoy es vuestro natal,
»Y este monarca del mundo
»Quiere honrarlo como tal,
»Que el cuarto Enrique así val
»Como val Juan el segundo.
»Y una trova te regala,
»Que trova de amores es
»Y ninguna se la iguala,
»Por eso vine de gala
»Trovador aragonés. --
--«Yo á tu señor agradezco,
»Doña Blanca respondió,
»De un amor que no merezco
»Esta prueba que me dió.
»Y á estas damas placará
»Y galanes que aquí ves,
»Trova de amores
»Que cantará
»Trovador aragonés.»

V.

TROVA.

Un día risueño
Prepara la aurora.
¡Feliz la Señora
Del alto Muñon!
¡Oh cuántas personas
Se ven á su lado!

¡Cuanto señalado
Valiente infanzon!

Un buho funesto
Que cerca habitaba,
Lejano graznaba
¡Se le vido huir!
La blanca paloma
Ocupa su nido,
Su amante gemido
Se acaba de oír.

Porque hoy es el día
De Blanca hermosa,
La mas bella rosa
Que tiene el jardín.
¡Trovas y alegría,
Y largo festin!
Que nasce hermosa
La mas bella rosa
Que tiene el jardín.

VI.

Su dulce voz espiró,
Y sus ecos repitieron
Las bóvedas de Muñón.
Y envano le pidieron
Quedase en el castillo,
No pueden los caballeros,
Ni las damas alcanzallo,
Que ha pedido su caballo
Y mandó
Que le alzáran el rastrillo.
Despidiose muy cortés
Y díjoles al partir:
«Quedárame hasta mañana
»En este festin de amor,
»Y fuera de buena gana;
»Mas de Enrique mi señor
»Otra la voluntad és,
»Y yo soy su trovador,
»Trovador y aragonés.»

JOSÉ ZORRILLA.

¡Paganini, el gran Paganini ha muerto!!! No tenemos espacio para decir mas, hasta el próximo número.

La abundancia de materiales no nos permite insertar en este número la biografía del gran Lope de Vega. Lo haremos sin falta en el siguiente.

ESTAMPA: Lope de Vega.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.-- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

El Artista.



R. Lal. de Madrid.

Ach ingrata Filis!!!

En que luz primera vió,
Y á su lado
Por eso gentil señora
Tanta dama encantadora,
Tanto heroe celebrado
Hoy reunió.

III.

Entró do estaba el convite
Gentil el recién venido,
Hizo gracia
Con el morado sombrero,
Y atrevido
En denodado ademan,
A doña Blanca se fué:
Y despues de haber pedido
Su vénia, ante ella galán
Quedó en pie.
La dama se la otorgó,
Y así el trovador habló:

IV.

«Don Enrique mi señor,
»El cuarto Enrique que es,
»Me manda donde me ves,
»A mí que soy trovador,
»Trovador aragonés.
»Diz que hoy es vuestro natal,
»Y este monarca del mundo
»Quiere honrarlo como tal,
»Que el cuarto Enrique así val
»Como val Juan el segundo.
»Y una trova te regala,
»Que trova de amores es
»Y ninguna se la iguala,
»Por eso vine de gala
»Trovador aragonés. —
— «Yo á tu señor agradezco,
»Doña Blanca respondió,
»De un amor que no merezco
»Esta prueba que me dió.
»Y á estas damas placará
»Y galanes que aquí ves,
»Trova de amores
»Que cantará
»Trovador aragonés.»

V.

TROVA.

Un día risueño
Prepara la aurora.
¡Feliz la Señora
Del alto Muñon!
¡Oh cuántas personas
Se ven á su lado!

¡Cuanto señalado
Valiente infanzon!

Un buho funesto
Que cerca habitaba,
Lejano graznaba
¡Se le vido huir!
La blanca paloma
Ocupa su nido,
Su amante gemido
Se acaba de oír.

Porque hoy es el día
De Blanca hermosa,
La mas bella rosa
Que tiene el jardín.
¡Trovas y alegría,
Y largo festin!
Que nasce hermosa
La mas bella rosa
Que tiene el jardín.

VI.

Su dulce voz espiró,
Y sus ecos repitieron
Las bóvedas de Muñó.
Y envano le pidieron
Quedase en el castillo,
No pueden los caballeros,
Ni las damas alcanzallo,
Que ha pedido su caballo
Y mandó
Que le alzáran el rastrillo.
Despidiose muy cortés
Y díjoles el partir:
«Quedárame hasta mañana
»En este festin de amor,
»Y fuera de buena gana;
»Mas de Enrique mi señor
»Otra la voluntad és,
»Y yo soy su trovador,
»Trovador y aragonés.»

JOSÉ ZORRILLA.

¡Paganini, el gran Paganini ha muerto!!! No tenemos espacio para decir mas, hasta el próximo número.

La abundancia de materiales no nos permite insertar en este número la biografía del gran Lope de Vega. Lo haremos sin falta en el siguiente.

ESTAMPA: Lope de Vega.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

El Artista.



R. Lil.º de Madrid.

Achingrata Filis!!!





R. Lab. de Madrid.

*Y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos,
miró los que el ruido hacían."*

(D. Quixote p.^{te} 3.^a cap. XXVIII.)





P. Lit. de Madrid.

*Y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos,
miró los que el ruido hacían."*

(D.ª Guisete p.^{te} 3.^a cap. XXVIII.)

